

Pierdomenico Baccalario

EL TRAFICANTE DE CÓMICS



MISTER FANTÁSTICO

No es que tuviera miedo, eso que quede muy claro. Pero tampoco podía hacer como si no pasara nada: se trataba de un asunto peligroso.

Yo era un traficante de cómics.

Estaba cruzando media ciudad, la plaza del parlamento, el puente Margarita y el parque con la grava que parecía echarse a llorar bajo los zapatos, para reunirme con una persona, una persona de la que apenas sabía nada, aparte de su nombre.

No sabía de dónde venía, pero no era la primera vez que me veía con ella, siempre ahí, en ese banco en concreto de esa vereda en concreto del parque de la isla Margarita, el día once de cada mes.

A las cinco en punto.

Esos eran nuestros acuerdos.

Mientras caminaba, con la mirada fija en las puntas de mis zapatos, pensaba que el parque tampoco debía de ser

demasiado cómodo para él, para la persona con la que debía reunirme.

No había nada más que árboles secos, hierbajos, barro y el agua marrón del Danubio, que solo con olerla hacía que se te revolvieran las tripas.

Había también patos, claro. Y cuervos negros que planeaban por encima de la torre.

No recuerdo el motivo preciso por el que nos encontrábamos ahí, y no en cualquier otro sitio más cómodo: en el mercado cubierto o en las termas Gellert, o en la estatua guerrera de San Esteban. Yo me había limitado a aceptar.

Llegué al primero de los tres puentes que debía cruzar y me pregunté de dónde vendría la persona con la que iba a verme.

En mi opinión, venía desde muy lejos: de Alemania, o de Francia. No sé por qué motivo, pero estaba absolutamente seguro.

Ciertas cosas las intuía, sin más, y una vez que se me ocurrían, ya no había quien me las quitara de la cabeza.

Proseguí a lo largo del terraplén, caminando a paso ligero, aunque no demasiado rápido, porque no quería que nadie me parara para preguntarme por qué razón me sofocaba tanto. Un policía, tal vez, y entonces sí que me habría visto metido en un buen lío. Había más de cien mil y prácticamente no tenían otra cosa que hacer más que pararte y hacerte preguntas. Si no les gustaban tus respuestas, podían registrarte. Y si ese día me registraban, iba a ser un problema de los gordos.

Un enorme problema.

No podía permitírmelo.

De manera que me convenía caminar a la velocidad adecuada, sin llamar la atención, con aspecto algo aburrido, algo hastiado, mejor aún con los hombros ligeramente encorvados, como alguien acostumbrado a obedecer.

Quería llegar sin tropiezos a ese banco en concreto de esa vereda en concreto del parque de la isla Margarita.

Reunirme con esa persona, ver qué tenía para mí.

Y una vez hecho eso, empezaría la parte más difícil.

Era el once de abril.

El cielo estaba especialmente apagado. Resonaba un extraño silencio por las calles, que estaban vacías, de no ser por algunas sombras con abrigos que se deslizaban pegados a los muros. Yo llevaba mi chaquetón más amplio, de color verde militar, con muchos bolsillos. No era un chaquetón cualquiera. Lo había descosido para añadirle una faltriquera secreta entre la tela y el forro.

Caminaba a paso ligero, aunque no demasiado rápido, pensando en lo gris que estaba el cielo y en lo extraño que era aquel silencio.

Y me palpaba mi faltriquera secreta.

Cuando llegué al segundo puente, vi las aguas del Danubio como nunca antes las había visto.

Me detuve a observarlas. Busqué el reflejo de su rostro: Sándor, quince años, que transportaba una cierta dosis de tensión en el bolsillo secreto de su chaquetón militar.

Me percaté de que las olas del Danubio producían un ruido mágico. El mismo ruido que hacen los recuerdos cuando se despiertan sobresaltados.

La magia duró un instante.

Oí una sirena y reemprendí mi camino hacia el tercer puente.

Una vez allí, me adentré en el parque en busca de la persona que debía encontrar.

Su nombre era Mikla Francia Kiss.

Era un hombre ya de una cierta edad y de cierto encanto. Y durante mucho tiempo, eso fue todo lo que supe.

Ni siquiera estaba seguro de que Mikla Francia Kiss fuera su verdadero nombre. Muchas familias judías, aunque también rusas, solían cambiar sus señas de identidad con la intención de volverlas más húngaras.

Por lo que yo sabía, el señor Francia Kiss podía ser judío, ruso, húngaro, francés y hasta alemán. No tenía acento. Hablaba lentamente.

Y sabía inglés.

Por eso, quizá, yo estaba convencido de que venía de muy lejos. Pisé la grava. El reloj de mi madre me estaba diciendo que llevaba unos minutos de retraso. Aceleré el paso, convencido de que ya no había nadie que pudiera verme.

El aire frío me escocía en la garganta.

Había sido un estúpido, pensé. Me había olvidado de coger una bufanda y solo ahora me daba cuenta. Acababa de terminar de leer una historia ambientada en unas islas tropicales y me había imaginado que hacía calor en la vida real también. A veces, imaginarse las cosas viene bien, pero no ante el frío, en una ciudad en la que uno se hiela durante más de ocho meses al año.

Crucé una encrucijada de senderos. Había charcos brillantes por los que discurrían lentas las nubes. Ya casi había llegado.

Un par de curvas más y me toparía con el señor Mikla Francia Kiss, sentado en su banco de costumbre.

Mi enigmático contacto tenía la mirada perdida entre las olas sucias del Danubio. O tal vez contemplara los patos, inmóviles como bombas desactivadas a orillas del río.

Una bonita imagen, pensé, echando a correr. Los patos, como bombas desactivadas. Tenía que contársela a Nikolai, porque quizá pudiéramos hacer algo. Usarla en nuestro gran proyecto.

Tenía que acordarme al día siguiente.

—¡Muchacho! —exclamó el señor Francia Kiss, cuando se percató de mi presencia—. ¡Creía que este mes ya no ibas a venir! ¡Lo hubiera lamentado de verdad, porque tengo unas sorpresas estupendas!

—Perdone. Señor... Mikla... —jadeé.

Unos pocos minutos de carrera y ya estaba sin aliento, con la garganta en llamas.

Me incliné apoyándome en las rodillas y le sonreí.

—Perdone... por el retraso...

—¿Qué retraso?

Dio una palmada sobre la madera carcomida del banco y me senté a su lado.

Permanecimos unos instantes en silencio, mientras yo recobraba vergonzosamente el aliento.

Mi interlocutor se mostraba tranquilo, por más que, cuando estiraba la cara, se le formaran muchas arrugas diminutas alrededor de los ojos, como si su mirada se viera amenazada siempre por alguna preocupación.

Tenía una barba corta y puntiaguda, como la de Nick Furia, y llevaba un impermeable gris anudado en la cintura. Sus zapatos estaban muy gastados. Sus manos, en cambio, muy cuidadas, con las uñas bien cortadas.

—¿Cómo te fue el mes pasado con los otros? —me preguntó de repente, sin que sus ojos azules dejaran de recorrer la superficie del río.

Sin saber bien qué quería decir con «otros», contesté de forma evasiva.

—Bien.

—¿Te han gustado?

Ahora ya lo entendía.

—Sí —contesté—. Muchísimo.

—¿Y cuál ha sido el que más?

—Los Inhumanos —contesté, sin pensármelo. E inmediatamente después añadí, casi para disculparme por no haber citado el que, según creía yo, esperaba que citase—: Y también el mítico *Thor contra Mangog*.

—Imprescindibles los dos... —murmuró el señor Francia Kiss.

—Dos grandes cómics de Jack Kirby.

Jack Kirby era el nombre del dibujante, recordé, uno de los preferidos de Nikolai.

—¿Y has leído Watchmen?

Los había leído, efectivamente, pero me faltaban aún demasiados fascículos para poder apreciar la historia. Por mucho que la insignia con el *Smile*, justo al principio, con la gota de sangre que le cae encima, me hubiera vuelto literalmente loco.

—Genial —le dije, aunque fue Nikolai quien lo dijo el primero.

—Exacto —concordó el señor Francia Kiss—. Es un cómic genial... —Después citó—: ¿Quién vigila a los vigilantes?

Era precisamente de eso de lo que hablaba esa historieta: de vigilantes y vigilados. De héroes en crisis. De una época

en la que en la ciudad de los superhéroes las cosas iban mejor y era más fácil saber quiénes eran los buenos y quiénes los malos.

El señor Mikla Francia Kiss suspiró, y con ese suspiro quiso darme a entender que había muchos puntos de contacto entre la historia imaginada en ese cómic y la real de Budapest.

Pero yo estaba demasiado ansioso por descubrir qué clase de sorpresas me tenía reservadas. Se lo dije, y él colocó entre los dos una bolsa de viaje.

Me quedé perplejo. No me la esperaba tan grande.

—Ya te había dicho que era un mes especial —dijo el señor Francia Kiss, abriéndola.

Entreví las bolsas de plástico que protegían las cubiertas de los cómics y conté diez, veinte, treinta...

Y en ese momento sentí, de repente, la garganta ardiendo y un hormigueo en las manos.

EL SUPERHÉROE DE INCÓGNITO

El señor Francia Kiss fue increíblemente generoso. Me entregó a hurtadillas más de cuarenta álbumes distintos, algunos de los cuales eran precisamente los que le había pedido.

¿Dónde conseguía encontrarlos?

Prefería no preguntármelo.

Me los metí todos en el bolsillo secreto, distribuyéndolos por el chaquetón que se volvió de repente muy pesado. Intenté caminar y me vi tambaleándome, como un soldado con una armadura.

Pero apreté los dientes: era mi trabajo.

—¿Seguro que puedes? —me preguntó el señor Francia Kiss, estudiándome divertido—. Si quieres, puedo traértelos la próxima vez.

Le contesté que no. Que estaba tranquilo, aunque no lo estuviera, y que no tendría problemas para llevarme los cómics a casa, a un lugar seguro.

—Como quieras. Ahora te toca a ti.

—Exacto.

Le pasé una hojita con una lista de títulos.

—Si puede, mi gente está buscando estos títulos.

Él examinó brevemente la hojita, después se levantó del banco.

—Intentaré hacer todo lo posible —me dijo.

Yo le enseñé los florines que me había traído.

—Puedo pagarle, si quiere.

Pero él meneó la cabeza.

—Ni hablar, muchacho, lo que consiga traerte es tuyo, y ya está.

—Gracias —murmuré.

Nos despedimos y fijamos nuestra próxima cita para el mes siguiente, a la misma hora, en el mismo sitio.

Después, con la ingenuidad imparable de mis quince años, emprendí el camino de regreso, a paso lento, pero constante.

Había estudiado el recorrido en los días precedentes, para evitar jaleos. Los cómics estaban prohibidos, en Hungría, y los profesores pensaban que ninguno de nosotros debía leerlos. Los llamaban «basura», «propaganda americana», o cosas parecidas.

Yo nunca había llegado a entender qué significaba eso de «propaganda», pero entendía perfectamente «basura» y no estaba de acuerdo. A mí me gustaban.

Y no solo a mí.

Por eso intentaba leer el mayor número posible. Y hacer que circularan a escondidas entre mis amigos. Era un traficante.

No tenía una idea clara de por qué estaban prohibidos, y ni siquiera de si lo estaban para todos los chicos húngaros.

Pero lo estaban para mí, para mis compañeros de clase, para mis amigos. Y yo, mis compañeros de clase, mis amigos, ese era el mundo que conocía.

Ahí estaba yo, de regreso.

Era un contrabandista de historias, y me sentía orgulloso.

Sabía que había muchas personas que aguardaban esos cómics. Gente que quería leer a la Patrulla X, o bien a Estela Plateada, o al Doctor Extraño. Bastaba con que yo lo consiguiera, ese mes también.

Era un riesgo muy satisfactorio.

Me sentía un hombre. Alguien mayor. Y tal vez, aunque solo fuera un poquito, lo era de verdad.

Crucé las vías del tranvía, prestando mucha atención, como si fueran hojas de afeitar.

El sol ya se había puesto y las sombras se extendían cubriendo la ciudad. En vez de bajar por el río, cruzando uno tras otro los tres puentes, decidí atajar por el medio, hasta las majestuosas fachadas del paseo Andrásy, el más rico de la ciudad.

Allí, al menos, todas las luces estarían encendidas.

Tenía que prestar mucha atención.

Cada mínimo ruido de automóvil o de la línea metropolitana que retumbaba bajo el suelo, cada persona que saludaba a otra en el lado opuesto de la calle, cada grito alborotador de un niño y cada ladrido de perro eran para mí como una picadura de mosquito. Cada movimiento hacía que me sobresaltara, que verificara los cómics bajo el chaquetón, y que disminuyera el paso.

Después volvía a acelerar, con los oídos alerta, la mirada de rayos X como la de Supermán.

Tenía que llegar hasta el gueto, donde yo vivía, y donde las luces eran menos luminosas y las avenidas se volvían más estrechas, las calles más tortuosas y los edificios parecían apoyarse los unos en los otros, para mantenerse en pie.

Superé los talleres de estañadores y carpinteros, la cristalería, mi colegio y, en la explanada, la tienda de neumáticos donde estaban quemando las gomas viejas.

Un automóvil rugió en un garaje sin cierre metálico. Los carteles de las fiestas del veintitrés de febrero (aniversario del nacimiento del Ejército Rojo), del quince de marzo (fundación de la Primera República soviética) y del cuatro de abril (liberación de Hungría del nazismo por obra de los soviéticos) se despegaban de las paredes en jirones impregnados de cola.

Me ceñí el chaquetón militar repleto de cómics y proseguí por el dédalo de callejuelas hasta la entrada de la manzana en la que vivía. Solo allí solté un suspiro de alivio.

Sobre mi cabeza había cinco plantas de pisos oscuros.

Crucé el portal de la calle Király, mal iluminado: en el techo se divisaban aún las marcas de la gran lámpara de hierro forjado que había sido robada muchos años antes, cuando en la ciudad estalló la revolución y la contrarrevolución después.

Lo que no sabía era si la habían robado los revolucionarios o los contrarrevolucionarios.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Acababa de superar esa primera entrada, cuando una voz retumbó en el patio que la seguía:

—¿Földesi?

Földesi es mi apellido. Es el apellido de mi padre, para ser precisos, porque el mío de verdad es Németh.

Me detuve de golpe, no solo porque alguien había pronunciado mi apellido sino porque ese alguien era el señor Kádár.

—Señor Kádár... —lo saludé, azorado.

El señor Kádár estaba encaramado al final de la escalera, a medias en la sombra, a medias iluminado por la extraña luz que se filtraba desde una ventana de las escaleras, y que probablemente procedía de la calle. Tenía los zapatos lustrosos y relucientes, con la punta cuadrada que le confería aún mayor autoridad.

Yo le tenía un miedo feroz.

El señor Kádár decía que era doctor. Pero todos nosotros sabíamos que no era así. En la Manzana se decía que había sido adiestrado en la Unión Soviética, en Moscú, y que en realidad trabajaba para la Policía Secreta, en el tristemente célebre Departamento III/III, el que persigue a los disidentes.

O a los traficantes de historietas, como yo.

—¿Qué estás haciendo aún fuera? —me preguntó el doctor que cazaba disidentes.

Me tambaleé, la faltriquera secreta de mi chaquetón se volvió de repente enormemente pesada.

—Nada de especial... —contesté.

El señor Kádár tenía un rostro alargado y estrecho, como si se hubiera quedado atrapado en una mordaza. Sus ojos tenían el mismo color que las chinches y su alientoapestaba de la misma manera. Tenía los dientes y las yemas de los dedos amarillentos de nicotina.

Me hizo un gesto para que me acercara a él y yo lo obedecí, aunque con el corazón palpitando por alejarme de allí.

—Es bastante tarde, para volver a casa... —observó.

Algo metálico relampagueó entre sus manos. Del encendedor salió una llama seca, crepitante, y después el señor Kádár aspiró el humo azulado de un cigarrillo.

—Tus padres deben de estar preocupados...

Yo pensé en mil cosas, y las olvidé todas a la vez. ¿Es que acaso el señor Kádár conocía a mis padres?

Noté que sus ojos escudriñaban la entrada cubierta por la que acababa de llegar yo, la que daba a la calle, e intuí que el señor Kádár no me estaba esperando a mí. Y que ese encuentro era totalmente casual.

Pensé en preguntarle lo que fuera, algo así como qué tal estaba o cómo estaba su mujer, pero después me acordé de que el señor Kádár no estaba casado. Contaba siempre la misma gracia, de la que no se reía nadie, diciendo que nunca había encontrado una mujer que quisiera ocuparse de él y de su apellido. Kádár era el apellido del único presidente de Hungría en los últimos treinta años.

Me quedé callado.

Y él, en cambio, me preguntó:

—¿Has estado zanganeando?

«Zanganeando», repetí para mí mismo. ¿Quién podía usar una palabra así, más que un agente de la Policía Secreta? «Zanganear» no era una palabra común y me llamó la atención porque mamá, un día, me explicó que a los policías que iban a estudiar a Moscú les enseñaban a hablar también, y que de esa manera, más tarde, solían usar una serie de palabras que les permitían reconocerse entre ellos, aunque no llevaran uniforme.

Palabras como «zanganear», pensé. Un policía oye a una persona decir «zanganear», se da la vuelta, y comprende que esa persona es un policía como él. Así era como funcionaba.

Pero yo no era un policía. Yo estaba en el otro bando.
Yo era un contrabandista.

—No, señor Kádár. He estado dando una vuelta por ahí y no me he dado cuenta de lo tarde que era... —contesté—. Hacía un día estupendo, de esos en los que no se te pasan las ganas de caminar...

Intenté fingir que estaba tranquilo, no hacer caso a mi corazón enloquecido ni al peso de los cómics. Hice como si me estuvieran sometiendo a un interrogatorio, como Bruce Wayne, en el último Batman que había leído, cuando Hugo Strange llegó a estar a un paso de descubrir su identidad secreta. Tenía que ser exhaustivo, pero sin proporcionar información concreta.

—Ha hecho un día estupendo, es verdad... —comentó el señor Kádár. Después aspiró su cigarrillo, haciendo que se volviera incandescente—. Ya huele a primavera.

—Efectivamente —coincidí.

—Y eso que tú vas vestido como si fuera invierno...

Di un paso atrás, temiendo que quisiera rozar mi chaquetón verde. Si lo hubiera hecho, sus manos, acostumbradas a los registros, habrían notado sin duda la capa de historietas ocultas debajo del forro.

—... Y tienes un reloj muy bonito... —prosiguió el señor Kádár—. Hubieras debido darte cuenta de que se estaba haciendo tarde.

—¡Pues tiene usted razón! —intenté bromear.

Levanté por instinto el cronómetro que mamá me había comprado en el puesto de los polacos y, al hacerlo, me olvidé de lo que pesaba ahora la manga. Recé para que el señor Kádár no se hubiera dado cuenta de mi azoramiento, y tuve suerte, porque él estaba mirando otra vez hacia la calle, con

el rostro apoyado en la cavidad de la mano y el cigarrillo entre los dedos, que se estaba transformando en una zarpa de ceniza.

—Bueno, pues buenas noches, señor Kádár —susurré, retrocediendo otro paso—. Voy a que me echen la bronca que me merezco.

Él volvió la cara hacia mí, y me miró como si poco antes hubiera borrado mi rostro de su memoria y tuviera que situarme otra vez.

—Si tu padre quiere echarte una bronca, dile que no lo haga.

—Lo hará de todas formas.

—Díselo de mi parte. Dile exactamente eso: «El señor Kádár ha dicho que no me eches broncas».

Asentí, precipitadamente, sin querer comprender de verdad aquel extraño consejo.

—Lo haré —dije.

—Muy bien, muchacho.

Después me alejé y, caminando rápido, aunque no demasiado, hasta el patio sucesivo, lo dejé por fin detrás de mí.

El señor Kádár se volvió una sombra humeante, con sus zapatos relucientes y un puntito rojo de brasas, como un broche incandescente.